FUENTE: La Voz de España. 3 de noviembre de 1937. Pág. 8.

CONFESIONES DE LOS CRONISTAS DE GUERRA

[...] "Jacinto Aizpúrua" refiere su entrada en Irún. [...]

"JACINTO AIZPURUA"

Ahora que soy soldado--dije ya en un reportaje que publiqué en estas mismas columnas--, dejo de hablar de la guerra. Para referir hay que haber sido espectador de lo que ha de referirse; y aunque todavía no he tenido el honor de ser protagonista, con mi mosquetón al hombro, lo cierto es que no presencio ya la guerra. Estoy en el cuartel. Y por cierto que algún día habré de hablar de la vida cuartelera, que es, al fin y al cabo, hablar de la guerra. Me he sentido acuciado a enrocar este tema--y Dios quiera que la pereza no pueda en mi más que el impulso del propósito--, por orgullo de español. Me admira el ambiente que respiro. Se bien que en España hemos tenido de la vida cuartelera un concepto nada halagüeño. Parece que ha habido empeño--y lo ha habido, efectivamente, por parte de quienes veían en el Ejército el pilar que se hacía preciso derribar para hundir a España--, en asociar la vida del soldado con el panorama de una comida deleznable y sórdida y un sargento impertinente. Pues bien, yo os digo que, lejos de ser exacto la imagen, aparece ante la realidad como una desfiguración absurda. Hoy, en régimen militar precisamente, el cuartel no puede ser ni más acogedor ni más grato. El soldado come bien, con vino y con postre; y es objeto de un trato excelente.

Pero, en fin, yo supongo que no es éste el tema que debo enfocar. Me piden unas impresiones de mis tiempos de cronista de guerra. ¡Qué difícil espigar entre todas ellas! ¡Fueron tantas y tan fuertes!

Quizá porque escribo estas líneas en San Sebastián, se anteponen en mi memoria, como emociones más fuertes, dos que experimenté en suelo guipuzcoano. De tristeza abrumadora una de ellas; de alegría indescriptible la segunda.

Entré en Irún, tras los requetés, al anochecer del día en que fué liberada la bella ciudad fronteriza. Ardía por sus cuatro costados. ¡Qué huella dejó en mí aquel cuadro dantesco! Se retorcían las vigas de hierro de los edificios en ascuas: sucedíanse rápidos los derrumbamientos. Como única iluminación, el resplandor siniestro de la ciudad en llamas. En una tienda, esquina al Paseo de Colón, es un edificio casualmente aislado del fuego destructor, un viejecito y su nieto. Llevan encendida una lámpara de luz mortecina. El anciano, que es por cierto padre de un ilustre periodista, de López Becerra, parece figura arrancada a un cuadro. Para que la impresión sea más exacta, lo mira todo como si acabase de nacer, con esa curiosidad que solo puede leerse en los ojos de los niños y que únicamente cabe figurarse en la mirada de un hombre que por vez primera asomase al mundo sus inquietudes. Fuera hay unas muchachitas, de su familia. Lloran y palmotean a la vez. ¡Nunca ví vitorear a España con la emoción que ponían aquellas muchachitas de los ojos húmedos!

En un balcón del primer piso surge una señora. Y pregunta con tono de voz que es a la vez desgarradoramente trágico y lleno de alegre esperanza:

--¿Y papá? ¿Sabéis algo ya?

No. Todavía no se sabe nada de él. Lo apresaron los marxistas y estaba en una celda lóbrega del Fuerte de Guadalupe. Luego, solo conjeturas. En esta hora de alegre victoria que es la de la liberación de Irún, solo rumores. Parece que los presos de Guadalupe han logrado huir. Y horas más tarde, ya al amanecer, el padre que vuelve, maltrecho, roto pero enroquecida la garganta de tanto vitorear a España.

Y a la mañana, en un gabinete de la casa, vuelvo a ver al anciano y al niño. Los dos con boina roja. Y ya el anciano tiene fuerza para hablar. Y es entonces cuando acariciando los rubios cabellos del niño, la voz balbuciente del viejecito refiere con emoción inenarrable:

--Cuando yo fuí voluntario del ejército carlista...

***

La otra gran emoción, en el mismo escenario. Estaba yo aquel día en Guadalupe, oyendo referir de labios de testigos presenciales, las penalidades sufridas allí por los caballeros que los rojo-separatistas aprisionaron en aquel lugar. Cuando el relato estaba en lo más interesante, oyendo referir los rasgos de entereza ofrecidos por los que murieron en aquel fuerte vilmente asesinados, llegó la inesperada noticia:

--Se ha entrado en San Sebastián.

No lo creí.

Seguimos hablando. La insistencia del rumor cortó la conversación como filo nervioso. Bajamos presurosos a Irún. Pregunté al Comandante Militar:

--¿Es cierto?

Y no tuve que aclarar la pregunta. Con emoción mal contenida me indicó:

--Vaya usted para allí.

En Herrera encontré al coronel Beorlegui. Cojeaba a causa de la herida recibida días antes.

Era, ya lo sabéis, un hombre rudo y amable a la vez. Lo saludé y me autorizó a seguirle delante de sus fuerzas. Con él tuve el honor de entrar en San Sebastián.

Muchas veces en mi gestión de corresponsal de guerra he sentido dentro de mí un reconocimiento íntimo de incapacidad para narrar lo que veía y lo que sentía. Hoy, una más.

Si es suficiente diré que aquel fué uno de los mejores días de mi vida.

La voz de España

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES:
San Marcial, 8 y 10
Teléfono urbano 1-00-24
Teléfono interurbano 1-09-89

PRECIOS DE SUSCRIPCION
España: 3 meses, 10'50; 6 meses 21'00; un año, 42'00.
Extranjero: 3 meses, 21'00; 6 meses, 42'00; un año, 84'00

CONFESIONES DE LOS CRONISTAS DE GUERRA

Una emocionante fotografía de Fernando Ors. "Jacinto Aizpúrua" refiere su entrada en Irún. "Pedro Sánchez" en la rotura del cinturón de hierro de Bilbao

"JACINTO AIZPURUA"

Ahora que soy soldado—dije ya en un reportaje que publiqué en estas mismas columnas—, dejo de hablar de la guerra. Para referir hay que haber sido espectador de lo que ha de referirse; y aunque todavía no he tenido el honor de ser protagonista, con mi mosquetón al hombro, lo cierto es que no presencio ya la guerra. Estoy en el cuartel. Y por cierto que algún día habré de hablar de la vida cuartelera, que es, al fin y al cabo, hablar de la guerra. Me he sentido acuciado a enfocar este tema —y Dios quiera que la pereza no pueda en mí más que el impulso del propósito—, por orgullo de español. Me admira el ambiente que respiro. Sé bien que en España hemos tenido de la vida cuartelera un concepto nada halagüeño. Parece que ha habido empeño—y lo ha habido, efectivamente, por parte de quienes veían en el Ejército el pilar que se hacía preciso derribar para hundir a España—, en asociar la vida del soldado con el panorama de una comida deleznable y sórdida y un sargento impertinente. Pues bien, yo os digo que, lejos de ser exacto la imagen, aparece ante la realidad como una desfiguración absurda. Hoy, en régimen militar precisamente, el cuartel no puede ser ni más acogedor ni más grato. El soldado come bien, con vino y con postre; y es objeto de un trato excelente.

Pero, en fin, yo supongo que no es éste el tema que debo enfocar. Me piden unas impresiones de mis tiempos de cronista de guerra. ¡Qué difícil espigar entre todas ellas! ¡Fueron tantas y tan fuertes!

Quizá porque escribo estas líneas en San Sebastián, se anteponen en mi memoria, como emociones más fuertes, dos que experimenté en suelo guipuzcoano. De tristeza abrumadora una de ellas; de alegría indescriptible la segunda.

Entré en Irún, tras los requetés, al anochecer del día en que fué liberada la bella ciudad fronteriza. Ardía por sus cuatro costados. ¡Qué huella dejó en mí aquel cuadro dantesco! Se retorcían las vigas de hierro de los edificios en ascuas; sucedíanse rápidos los derrumbamientos. Como única iluminación, el resplandor siniestro de la ciudad en llamas. En una tienda, esquina al Paseo de Colón, es un edificio casualmente aislado del fuego destructor, un viejecito y su nieto. Llevan encendida una lámpara de luz mortecina. El anciano, que es por cierto padre de un ilustre periodista, de López Becerra, parece figura arrancada a un cuadro. Para que la impresión sea más exacta, lo mira todo como si acabase de nacer, con esa curiosidad que solo puede leerse en los ojos de los niños y que únicamente cabe figurarse en la mirada de un hombre que por vez primera asomase al mundo sus inquietudes. Fuera hay unas muchachitas, de su familia. Lloran y palmotean a la vez. ¡Nunca ví vitorear a España con la emoción que ponían aquellas muchachitas de los ojos húmedos!

En un balcón del primer piso surge una señora. Y pregunta con tono de voz que es a la vez desgarradoramente trágico y lleno de alegre esperanza:

—¿Y papá? ¿Sabéis algo ya?

No. Todavía no se sabe nada de él. Lo apresaron los marxistas y estaba en una celda lóbrega del Fuerte de Guadalupe. Luego, solo conjeturas. En esta hora de alegre victoria que es la de la liberación de Irún, solo rumores. Parece que los presos de Guadalupe han logrado huir. Y horas más tarde, ya al amanecer, el padre que vuelve, maltrecho, roto pero enronquecida la garganta de tanto vitorear a España.

Y a la mañana, en un gabinete de la casa, vuelvo a ver al anciano y al niño. Los dos con boina roja. Y ya el anciano tiene fuerza para hablar. Y es entonces cuando acariciando los rubios cabellos del niño, la voz balbuciente del viejito refiere con emoción inenarrable:

—Cuando yo fuí voluntario del ejército carlista...

*

La otra gran emoción, en el mismo escenario. Estaba yo aquel día en Guadalupe, oyendo referir de labios de testigos presenciales, las penalidades sufridas allí por los caballeros que los rojo-separatistas aprisionaron en aquel lugar. Cuando el relato estaba en lo más interesante, oyendo referir los rasgos de entereza ofrecidos por los que murieron en aquel fuerte vilmente asesinados, llegó la inesperada noticia:

—Se ha entrado en San Sebastián.

No lo creí.

Seguimos hablando. La insistencia del rumor cortó la conversación con hilo nervioso. Bajamos presurosos a Irun. Pregunté al Comandante Militar:

—¿Es cierto?

Y no tuve que aclarar la pregunta. Con emoción mal contenida me indicó:

—Vaya usted para allí.

En Herrera encontré al coronel Beorlegui. Cojeaba a causa de la herida recibida días antes.

Era, ya lo sabeis, un hombre rudo y amable a la vez. Lo saludé y me autorizó a seguirle delante de sus fuerzas. Con él tuve el honor de entrar en San Sebastián.

Muchas veces en mi gestión de corresponsal de guerra he sentido dentro de mí un reconocimiento íntimo de incapacidad para narrar lo que veía y lo que sentía. Hoy, una más.

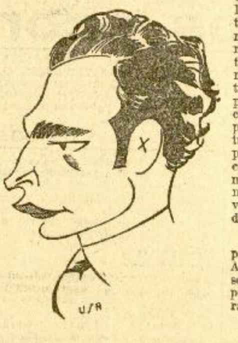
Si es suficiente diré que aquel fué uno de los mejores días de mi vida.

"PEDRO SANCHEZ

En conversaciones de tipo profesional, los compañeros que han andado por los frentes en servicio informativo, me dicen que les sobran cosas para escribir varios volúmenes. A mí me sucede lo contrario; no encuentro a qué agarrarme para llenar el espacio que se me dedica en esta encuesta. La imaginación se esfuerza inútilmente para dar con episodios de interés subido que puedan satisfacer la odiosa curiosidad del lector. Estamos metidos en la plenitud del drama y es difícil que podamos aquilatar la intensidad de cada escena.

Yo diría sin titubeos que el mejor recuerdo de mi memoria es el del día en que empezó la guerra y que otro solamente espero que sea tan feliz: aquel en que la guerra acabe. Estas dos fechas serán los dos altos pilares del arco de la victoria. Pero el inspirador de esta información pide impresiones de carácter más personal: escenas vividas o presenciadas.

Mi más grande satisfacción durante la guerra, la recibí el día en que el general Varela me felicitó en las operaciones del Jarama y citó mi nombre—mi nombre de soldado, el que buscó un sustituto defendido por una escolta de comillas para salir al campo de las letras—al lado de los de otros compañeros de armas en la orden del día. Ante el orgullo del combatiente, aun cuando fuera en modestísima aportación al servicio de la causa, se desvanecen las añoranzas del cronista, que, por otra parte, se siente empequeñecido en su impotencia de captar con su pluma la marcha vertiginosa de los acontecimientos. No hay nada que decir, amigos míos. No hay nada que leer. Las buenas letras se han detenido asombradas y esperan que el sosiego de otros años reclamen su presencia, cuando las espadas cansadas de laureles vuelvan al sueño de las panoplias.



Otra de mis emociones me la pisó Jesús María de Arozamena. Como él, también yo hice involuntariamente una incursión a campo enemigo. Con la diferencia de que Jesús Mari se encontró con un grupo de milicianos nerviosos y desorientados, que no sabían lo que se hacían ni por dónde andaban, y los que aparecieron ante mí se apercibieron exactamente de la situación. Ocurrió en un viaje desde La Marañosa a Pinto, cuando el avance por aquel sector. Tomamos un camino equivocado. Los milicianos rojos, con una lamentable falta de habilidad, en vez de esperar hasta tener la presa segura, dispararon sus fusiles a unos centenares de metros de distancia. Deliberamos unos segundos en busca de una solución salvadora. La serenidad de un capellán de requetés que venía en nuestro coche y la habilidad del conductor, sirvieron para sacarnos del apuro. Desde aquí quiero rendir mi tributo a aquel capellán del Tercio de "El Alcázar". Contra mi parecer, él se opuso a que abandonáramos el coche para huir a campo traviesa. Luego nos dimos cuenta de su acierto, pues nos habíamos internado cuatro kilómetros y nos hubiera sido muy difícil escapar por pies.

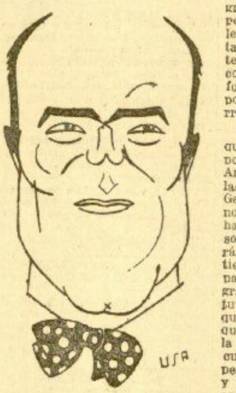
Quisiera ahora hacer una referencia a algún caso de he[...] individual. Pero ¡son tantos! El citar uno de ellos dejaría en nuestro ánimo el descontento de olvidos injustos. Tanto en los soldados como en los jefes. Después de esta experiencia como testigo de altos sacrificios y de insupuestas generosidades, debo decir que la muerte ha perdido su sombría expresión y se ha convertido en un acto sencillo y bello. No son necesarios los largos ejercicios que pedía el tremendo Tolstoi para que el hombre pueda llegar serenamente al fin de sus días. La muerte solamente se hace alegre y familiar cuando es fecunda, cuando se ilumina con claridades de pórticos gloriosos

Por último. Voy a referir brevemente el hecho de armas que más me ha impresionado: la rotura del cinturón de hierro de Bilbao. De aquellas operaciones épicas, guardo **un recuerdo casi idílico. Es difícil que** los que no lo han presenciado puedan formarse una idea aproximada. Se pusieron en juego todos los elementos guerreros: aviación, artillería, grandes y aguerridas masas de soldados. Pues bien: la luminosidad de los días, el alegre entusiasmo de los soldados y la confianza en la victoria convertían el fragor de las armas en un indescriptible festejo. La retaguardia esperaba impaciente y temerosa. En el frente no existía la menor inquietud. Un día me encontré cerca de las avanzadas a un grupo de señoritas, entre ellas una princesa de casa imperial, que contemplaban tranquilamente, como si estuvieran cómodamente sentadas en el palco de un teatro, el escenario de la contienda. Sólo al ver la retirada de nuestros heridos y el paso de camiones cargados de prisioneros, pude volver a la realidad y sentir el frío de la tragedia.

¡Y luego, los muertos. ¡Qué expresión triunfal tenían los nuestros! Al contemplarlos, nuestra amargura se hacía orgullo. Los de ellos nos producían una tristeza desconsoladora...

FERNANDO ORS

Es difícil traducir en un esbozo las emociones de la guerra. ¡Son



tantas! Y cada una de ellas encierra recuerdos de sentimentalidad tan varia, que es imposible prenderlos en unas cuartillas, porque todos y cada uno de ellos son queridos, como si al correr del tiem[...] no hicieran nada más que re[...]varse.

Desde la mañana espléndida [...] un 18 de Julio en que los re[...]tés de Navarra se volcaban en [...] calles de Pamplona con más [...] de pelea que de medios se dis[...]nían para que la aventura [...]sultase un sacrificio doloroso, [...]ta el momento en que el cap[...] Vicario remontaba las alturas [...] Robregordo con un cañoncito [...]tilizado y una ametralladora [...] se encasquillaba y con cuatro [...] hombres tan valientes como [...]didos que parapetándose detrás [...] unos árboles, obligaban a que [...] cuatro o cinco mil hombres [...] componían la columna enemiga [...] replegase, con sus camiones [...]dados al hoyo de la sierra, de[...] ya no se atreverían a salir.

Van desfilando hombres y he[...] que se pueden unir como las c[...]tas de un rosario, que nunca [...]baría de hilvanarse y es imp[...]ble escoger la anécdota, por[...] todas pierden interés ante la [...]tima. Pero entre todas quizá [...] que más impresión me produjo [...] la de aquel requeté navarrico [...] después de estar cerca de [...] días desangrándose junto a las t[...]cheras enemigas, lleno de barro [...] sangre, con la gangrena en [...] pierna y en un brazo, consig[...] llegar hasta el puesto de so[...] de nuestras avanzadas, en el [...] se excusó cabizbajo por no ha[...] podido arrancar de su nido la a[...]tralladora que se le ordenó [...] y a la vez que el médico ord[...]ba la presencia de un sacer[...] porque el pobre muchacho lle[...] al fin de sus dolores, cuando [...] me disponía a conseguir disim[...]damente que el objetivo de mi m[...]quina revelase como docum[...] viviente el recuerdo de aquel [...]liente, el chaval, que no tenía [...] de dieciocho años, compon[...] gesto con una sonrisa y me re[...]maba que pusiera atención en [...] no se estropease aquella pl[...] porque no lo habían "retrat[...]" nunca y aquel iba a ser el ú[...] recuerdo que le quedase a su [...]dre...

Tuve que volver la vista [...] que aquel niño-grande no des[...]briese mi emoción arrasada en [...]grimas, porque también los cor[...]ponsales, como los mismos sol[...]les, aunque parezca que esta[...] tan familiarizados con la mu[...] tenemos lágrimas que no pue[...] contenerse ante esos ejemplos [...] fortaleza y espíritu que [...] posible admirarlos en nuestra [...]rra y en los de nuestra raza.

Recuerdo también el momento [...] que el General Mola visitaba [...] posiciones inmediatas al m[...] Arrate. En varias camillas y [...] las evacuaban a varios heridos [...] General se acercó a ellos para [...]nocer la forma y el sitio en [...] habían sido heridos. Uno de [...] soldados le reconoció e incor[...]rándose y sin que nadie tu[...] tiempo de evitarlo saltó de su [...] para saludar al General como [...] graduación obligaba. El gen[...] tuvo que recogerlo en el inst[...] que sus piernas se quebraban [...] que las llevaba acribilladas [...] la metralla como buena parte [...] cuerpo. "Muchacho, estabas [...] pensado de hacer lo que has he[...] y soy yo el que debo cuadrarme [...] ante un valiente". Cuando los [...]milleros se alejaban con su ca[...] de heroísmos, todos los que [...] observábamos pudimos ver que [...] un pañuelo enjugaba los crista[...] de sus gafas, que también esta[...] empañados...